

TRAYECTORIAS

Sara notó algo que le resbalaba por el dedo: una gotita de sangre. Sin darse cuenta, se había estado tirando de la piel de la base de la uña. Abrió el bolso para sacar un pañuelo de papel y su madre hizo una bola con el que había tenido pegado al ojo; lo guardó y le dio un toquecito con la palma extendida para pedirle otro. Sara volvió a centrarse: prestó atención a la primera frase, a la segunda..., pero la tercera se fue sin ella. Había desviado los ojos al punto del crucero en que una semana antes había estado el ataúd del padre. Ya no había más que baldosas. De allí voló al retablo, a las vidrieras... Bajó la cabeza y se fijó en la pequeña herida: una de las de antes, de las de hacía una eternidad. Escuchó un: «debemos dar gracias por...», pero las palabras volvieron a escapársele. Había algo indefinido que seguía estando allí, bajo la secuencia de arcos, en el mismo aire.

Los ojos siguieron yendo de un santo a otro, de una columna a otra, hasta que, al posarse en uno de los capiteles, quedaron atrapados. Dos serpientes a punto de atacarse. Al cabo de casi tres décadas, seguían a punto de lanzarse una contra otra. De niña las miraba hasta dejar de verlas, hasta quedarse sólo con los pensamientos. Y notó que también ahora estaban difuminándose para darles paso. Eran los miedos de otro tiempo: se habían mantenido intactos allí dentro, impregnados en los capiteles, en las velas, en las imágenes... Pese a acudir regu-

larmente a Villaida, no había vuelto a la iglesia desde su marcha a Madrid. Era un espacio aislado que, a diferencia de otros rincones del pueblo, no había evolucionado en su mente.

Al salir, se acercaron a su madre dos mujeres y ella se hizo invisible detrás de una columna. Sacó las gafas de sol y miró al cielo; se extinguía todo con sólo subir la vista; hacía años que era intangible, que era, en realidad, nada. Oyó a su madre despedirse y al instante estaba otra vez ante sus ojos. Había descubierto su escondite a la primera. Empezaron la subida al cementerio y la madre tardó poco en adelantarse. Cada vez que Sara levantaba la mirada del empedrado estaba un poco más lejos. Aquella viudedad que llevaba años siendo cuestión de tiempo no iba a hacer perder el empuje a Elena Aranda, dueña de la única tienda que quedaba en pie en el pueblo. Sólo unos pocos habían resistido las embestidas de mil crisis, bien porque ya tenían las arcas llenas, como el dueño de la antigua conservera, o porque habían encontrado el medio de extraer el dinero de esas arcas, como Elena. Rondaban los setenta años con pocas excepciones, entre ellas un médico joven venido de Madrid que sólo estaba en Villaida provisionalmente, o eso decía.

Cuando llegó a la verja, Elena se giró y permaneció un rato como una figura inmóvil. Pero se volvió a activar cuando Sara estaba ya a pocos metros. Ésta aceleró para seguirla hasta el nicho del padre donde Elena se agachó a recolocar unos claveles que amarilleaban ya. Empezó a rezar en voz baja y Sara, a su lado, rebuscó en su mente queriendo encontrar alguna idea por la que dejarse llevar. Pero estaban gastadas todas. Hizo una seña a la madre

y echó a andar en dirección a la tapia, en la que se apoyó para observar el mosaico de casas de piedra. Extendió una mano, como solía hacer de niña, e igual que entonces, cogió la torre de la iglesia, tocó el tejado de la escuela y recorrió con dos dedos el camino al castillo. Todo parecía pequeño e inofensivo desde aquel punto.

Se giró y vio que su madre se había desplazado a la zona de las tumbas nobles sobre las que se alzaban las cruces más complicadas. Estaba en el lugar de siempre, pasando un pañuelo de papel por las letras grabadas en una lápida antigua, a ver si quitando el polvo se leía mejor el nombre. Al lado había otra con idénticos apellidos. Eran las de las hermanas Téllez Nebreda: Gloria, la eterna mejor amiga de su madre, y Carolina, que tan solo existía... hasta hacía bien poco.

—¿Te dije que en febrero murió Carolina? —Se giró hacia la hija—. Con cuarenta años de diferencia. ¡Pensar que la pobre Gloria no pasó de los veintiocho! Un día tan sana y esplendorosa y al siguiente, en el otro barrio.

Cuando el mármol ya había recuperado algo de brillo, se limpió las manos y echó a andar seguida de su hija. Bajaron la cuesta y entraron en la plaza del ayuntamiento donde no había otras cabezas que las de los dos leones de la fuente, de cuyos hocicos planos manaba el agua. Pero el pitido de un tren acercándose dominó unos instantes el gorgoteo. En ese tren llegaba Eduardo, el médico, que por poco no iba a coincidir con las Aranda.

La Villaida vieja se les iba quedando grande a sus escasos habitantes, puntos sueltos cuyas pequeñas trayectorias apenas se cruzaban. Eso sí, los ancianos de los bancos de la alameda las interceptaban todas: ¿Cómo

va ese ánimo? La madre respondió con un «hay que resignarse» y las dos siguieron su camino por la Avenida Regia, en la que se sucedían las mansiones languidecientes de los antiguos ricos de Villaida. Elena pasó de largo ante la casa de su amigo Genaro, el dueño de la antigua conservera, aún en este mundo y, en cambio, se detuvo ante la de Gloria, allá en el otro. Era Villa Nebreda. Elena se acercó a los barrotes de la verja y dijo:

—Menos mal que Carolina tuvo la decencia de no dejar caer la casa, aunque no viniera nunca. Eso que ganábamos los demás.

Le pareció a Sara que su madre se había quedado mirando el camino de piedras blancas como si hubiera detectado algo diferente. Sin más, levantó los ojos y, como de costumbre, describió el esplendor de los rosales que hubo una vez en los parterres. Como también solía hacer, señaló la ventana de la habitación de Gloria, de la que colgaba una cortina con un pliegue inclinado, siempre inmóvil. ¡La de ratos que habían pasado las dos juntas allí dentro! Pero la muerte había convertido en inalcanzable lo cotidiano.

—Lo de tu padre era de esperar; en cambio, eso otro... —Se apartó de la verja.

Aquello otro: no había vez que no lo mencionase. Sara imaginaba el fin de esa mujer que no había conocido como una especie de anomalía, una singularidad en la secuencia de la lógica. Echaron a andar y también se desvaneció en el pensamiento. Fueron pasando ante una decena de mansiones lujosas aunque deterioradas hasta llegar a una casa suelta, nítidamente separada de las otras: cuatro paredes y un tejado plano, sin verja ni jardín. Era Ultramarinos Aranda.

En aquel tren que habían oído acercarse regresaba de un viaje al Caribe el médico del pueblo, Eduardo Román, con su novia Celia, una bióloga que no era de Villaida, pero venía de visita cuando tenía días libres y en vacaciones. Habían recogido con tiempo el equipaje y esperaban ante la puerta que el tren recorriese el último centenar de metros. Celia tenía una belleza tan regular, tan según la norma, que podía resultar algo anodina; en cambio, Eduardo tenía unas facciones duras que, de modo casi imposible, se conjuntaban con armonía. Cuando al fin se detuvo el tren, volvió a sonar el altavoz.

—Me pongo enfermo con sólo oír ese nombre: «Villaida» —dijo Eduardo antes de agacharse.

—¿Si es muy bonito! ¿Qué origen tendrá? Me lo he preguntado muchas veces: ¿Villa Ida? ¿Ida a dónde?

—Ida al infierno.

Echaron a andar, Eduardo delante, con una mochila inmensa a la espalda y una maleta negra de cuya asa metálica tenía que ir tirando, y Celia detrás, con un único bulto, muy pequeño, casi ridículo en comparación. Eduardo se había ido imponiendo un paso rítmico y avanzaba a velocidad constante con los trastos.

—Si tan negro lo ves, podrías quedarte a vivir en Burgos e ir y volver todos los días —oyó él a su espalda—. Al fin y al cabo, está cerca.

—Con otros pacientes, quizás, con los míos, imposible —dijo, sin girarse—. Ya has visto que me llaman a cualquier hora.

—Porque no acabas de poner orden. Tendrías que fijarles unas normas.

—Les fijé las normas el primer día.

—¿Y Villón? Es bastante más grande.